

Mía y el castillo del copo mágico

Un cuento de invierno para una princesa



Un copo que brilla

Algo brilló entre la nieve del jardín.

La princesa Mía se agachó con su tiara ladeada y lo miró de cerca, con los ojos bien abiertos.

Era un copo de nieve, grande como su mano, y brillaba solito.

—¡Un copo que brilla!



La luz

Mía tocó el copo con la punta de un dedo y lo levantó.

Una luz tibia, azul clarito, le recorrió la mano y se quedó brillando en su palma abierta.

—¡Hace cosquillas!

Mía se rio bajito.



Un amigo

La nieve crujió: crac, crac, crac.

Un conejito blanco, con un moño azul, se acercaba a saltitos. Se paró frente a Mía y movió la nariz.

Mía le mostró la palma abierta.

—¡Mirá!



El camino

De la mano de Mía salió un caminito de luz sobre la nieve. Llegaba hasta un castillo blanco, allá arriba, en una colina.

Mía miró al conejito.

—¡Vení conmigo!

Y echó a andar por el caminito, con el conejito saltando detrás.



La puerta

Al final del caminito había una puerta enorme, de hielo blanco y opaco. Mía tuvo que estirar el cuello para ver dónde terminaba.

Levantó el copo.

—¡Brillá, copito!

La puerta de hielo crujió despacito y se abrió.



El primer salón

Mía entró en el primer salón. Era altísimo, y las paredes de hielo, cubiertas de escarcha, dejaban pasar una luz suave.

Del techo colgaban lámparas redondas de hielo. El suelo era de nieve en polvo.

Mía le susurró al conejito:

—Despacito.



Muchas puertas

Pasaron a otro salón. Tenía muchísimas puertas de hielo, de todos los tamaños.

El copo brilló más fuerte hacia la puertita más chiquita.

—¡Esa!

Mía apoyó la mano en la manija, y la puertita se abrió.



La escalera

Detrás de la puertita había una escalera ancha y seca, de hielo opaco.

Mía y el conejito subieron y subieron hacia una sala secreta, escondida arriba de todo.

El copo les iluminaba los escalones.

Tac, tac, tac, sonaban sus pasos.



La sala secreta

La sala secreta era redonda, toda gris y quieta. No se oía ni un ruidito.

El copo apenas brillaba, como una lucecita cansada.

Mía lo apretó contra su pecho. El conejito se pegó a sus pies.

—Qué silencio —susurró con la voz finita.



El invierno brilla

Mía respiró hondo y levantó el copo, bien alto, con las dos manos.

—¡Brillá, copito!

El copo se abrió como una estrella enorme. Una nieve de luz empezó a caer, y todo se llenó de brillo: la sala gris, el castillo entero, las colinas.



Afuera

Mía y el conejito salieron por la gran puerta de hielo.

Afuera todo brillaba bajo el sol de la mañana: el jardín, las colinas, hasta las ramitas con escarcha.

El aire olía a nieve limpia.

—¡Todo brilla!



El copo

Mía se llevó su copo mágico, bien apretadito entre las manos.

—Vos venís conmigo, copito.

El copo le hizo cosquillas en los dedos, como la primera vez.

El conejito caminaba a su lado, y detrás de ellos el castillo seguía brillando.